

Una mirada al interior de la nueva China

Alberto Núñez

Nos equivocariamos si consideramos el sistema chino como un estado moderno con el concepto clásico de separación de poderes. Los ejecutivos occidentales que vuelan un lunes, enviados por su compañía, a realizar una operación comercial a Shanghai y regresan el viernes a su hogar en Londres o Barcelona, han visto una ciudad futurista de increíbles rascacielos y nuevas autopistas, han tratado con ejecutivos que visten trajes de marcas y hablan inglés; pero a menudo desconocen el sistema legal en el que no se ha introducido la división de poderes. El poder judicial en China es un instrumento del poder a manos de un estado totalitario.

Una potencia económica global

El país más populoso (con cerca de 1.300 millones de habitantes), China, constituye la cuarta economía del planeta, la tercera potencia comercial y uno de los principales destinos de la inversión mundial. Según las predicciones de la empresa Goldman Sachs, en el año 2041 China podría superar el PNB de Estados Unidos, poniéndose a la cabeza de las mayores potencias económicas. Tras ellos dos vendrían India, Japón, Brasil y Rusia.

Las principales dificultades que ha tenido que lidiar la economía china en el 2007 ha sido el problema del crecimiento acelerado de la inversión, un excesivo suministro monetario y la exagerada concesión de créditos. Sigue siendo llamativo el superávit del comercio exterior junto con una ba-

lanza internacional de pagos muy desequilibrada. No le resulta fácil a la economía china incrementar los ingresos de los campesinos (que constituyen la mayor parte de la población). Y unido a los costes exteriores del crecimiento económico (10,7 por cierto previsto para este año 2008), se encienden las alarmas sociales por la disparidad de los ingresos percibidos entre las áreas urbanas y rurales, y la imparable degradación del medio ambiente, al no reducir las emisiones de residuos ni potenciar el ahorro energético.

También llaman la atención las contradicciones estructurales de la economía china: aumenta el desequilibrio entre la inversión y el consumo, que sólo crece a la mitad del ritmo con que aumenta la inversión en los últimos años; y el desequilibrio entre la demanda interna y la externa. Por eso las autoridades chinas están inmersas ahora, hacia fuera, en una campaña de fomento de las inversiones chinas en el exterior; y, hacia dentro, en incrementar la importación y subir el consumo interno, intentando evitar la puesta en circulación de un capital excesivo.

El gobierno de Beijing es muy consciente del riesgo que supondría no controlar bien los parámetros arriba citados, pues no es difícil imaginarse el peor «escenario»: una economía recalentada donde se ahondan los desequilibrios estructurales y se produce una peligrosa inestabilidad social.

Entonces, como decía el filósofo Mo Ti, «no se podrá planear proyecto alguno, ni emprender obra alguna con garantía de éxito». Pero, como vamos a ver más adelante, gran parte del peligro estriba en que el Partido Comunista Chino, mientras se abre al mercado, no encuentra el momento de emprender con decisión una reforma pendiente: la apertura política. Mientras ésta no sea asumida planearán sobre el régimen los males que advertía el famoso filósofo pacifista, que, por otra parte, nunca ha tenido excesiva relevancia en la forja de la tradición política de China. Por desgracia.

Con presencia en los grandes conflictos globales

Aún así, parece que China está dispuesta a convertirse en un poder global. Pero nunca en la historia un poder global ha emergido sin un conflicto global. Aunque el hecho de que China lo haga puede deberse a que ha sido la cuna del filósofo Sun Zi, en cuyo *Arte de la Guerra* se lee que «el supremo estratega es aquel que vence sin luchar». Existen serias dudas de que China actúe en la escena internacional como una parte que se siente responsable del otro, o simplemente se introduzca en otras partes únicamente para conseguir sus propios intereses sin preocuparse del futuro de los demás.

La actuación de China en el conflicto de Darfur en Sudán es paradigmática de la actitud arriba descrita. Hace

unos meses se anunciaba que el famoso director de estadounidense Steven Spielberg abandonaba el diseño de la ceremonia de apertura de los Juegos Olímpicos de Beijing 2008 por el apoyo de China a las violaciones de los derechos humanos de la región sudanesa de Darfur. El BOCOG había dado a conocer en abril de 2006 que Spielberg y Zhang Yimou, el director más célebre del cine chino contemporáneo, trabajarían juntos en el diseño de la ceremonia inaugural, que se celebrará el próximo 8 de agosto de 2008, una fecha de buen augurio para los chinos.

Pero después Spielberg se ha descolgado declarando a la prensa que: «*En este punto, mi tiempo y energía no deben de ser destinados a la ceremonia de las olimpiadas, sino en intentar poner fin a los atroces crímenes contra la humanidad que se continúan cometiendo en Darfur*», donde el conflicto y sus consecuencias han costado la vida a unas 200.000 personas, según una estimación generalmente aceptada. En un informe publicado a mediados de marzo de 2007 sobre la situación en Darfur, en guerra civil desde hace más de cuatro años, la oficina de la ONU para la Coordinación de los Asuntos Humanitarios (OCHA) estimaba en dos millones el número de desplazados en esta región.

Como reconoce en un informe el prestigioso Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos: *China es un actor frecuentemente ol-*

*vidado en los análisis sobre Sudán. Sin embargo, tiene un protagonismo muy importante, y no sólo por su capacidad de veto en el Consejo de Seguridad, que ya ha esgrimido para hacer frente a eventuales sanciones contra Jartum. Es sabido que el gran handicap de China en este momento es su falta de reservas energéticas y de proveedores «seguros» de petróleo. En la búsqueda de esos suministros, China ha trabado unas intensas relaciones con el Sudán. En este momento, las dos empresas estatales chinas petrolíferas (China National Petroleum Corporation —CNPC— y Petrodar) operan en el país africano. Además, frente al proyecto de exportar el crudo sudanés por el África Negra (ruta Chad–Camerún), China está invirtiendo en oleoductos dirigidos hacia Port Sudan, en el Índico, por donde el acceso de China es más fácil. Para garantizar los suministros, China ha desplegado, según informó el Washington Post, 4.000 soldados y 34 helicópteros*¹.

Según informaciones de la BBC, China, con una economía que crece a un ritmo cercano al 10% anual y con índices de importación de crudo que crecieron en un 21% el año pasado, no se lo pensó dos veces y jugó sus cartas: negoció con el gobierno islamista de Jartum petróleo a cambio de armas e instrucción para luchar contra el sur.

¹ RUIZ MIGUEL, CARLOS, «Implicaciones geopolíticas del conflicto de Darfur», informe publicado en la página web del Real Instituto Elcano de Estudios Internacionales y Estratégicos <http://www.realinstitutoelcano.org/analisis/575.asp>

El resultado es que su industria petrolera, la estatal China National Petroleum Corporation, es la principal explotadora del crudo sudanés, con presencia en cuatro de los seis mayores yacimientos y con una participación del 40% en la compañía estatal sudanesa. Y ya hay más de 50.000 chinos

*parece que Occidente,
cuna de la democracia y de la
Declaración de los Derechos
Humanos, ha renunciado
a confrontar al mayor país
totalitario del planeta donde
se ejecutan a más personas
en un año que la suma de los
todos los reos del resto de los
países del mundo donde todavía
imperaba tan bárbaro castigo*

viviendo en el país². A ellos podemos añadir los millones de chinos que han emigrado en los últimos decenios a cualquier parte del mundo, principalmente como comerciantes, aunque también (y es el caso de África) como mano de obra para los proyectos de construcción encomendados a empresas chinas en otros países.

Hace un par de años ACM Investment anunció, en colaboración con el

ayuntamiento de Changzhou una Convención de la Cumbre Hispano-China en un conocido hotel del Paseo de la Castellana en Madrid. En el folleto de presentación que enviaron a las instituciones podía leerse: «La Cumbre Hispano-China, a través de “Estrategias para invertir y triunfar en China” le propone, de la mano de la ciudad de Changzhou, introducirle en los aspectos empresariales más importantes para triunfar en un mercado de 1.300 millones de clientes potenciales y con una de las mejores infraestructuras y costes para la fabricación que existen en el mundo». Este lenguaje es representativo de la visión mercantil que gran parte de Occidente tiene del gran país asiático: «florecente mercado», «ventajas», «oportunidades»... Y también es sintomático de la estrategia de China, que está venciendo sin luchar.

Parece que Occidente, cuna de la democracia y de la Declaración de los Derechos Humanos, ha renunciado a confrontar al mayor país totalitario del planeta donde se ejecutan (de un tiro en la nuca o con la más moderna y móvil «furgoneta de ejecuciones», con inyección letal), a más personas en un año que la suma de los todos los reos del resto de los países del mundo donde todavía impera tan bárbaro castigo. Un país que a pesar de padecer un desequilibrio de la ratio de sexos en los nacimientos (hay bastante más niños que niñas) siguen practicándose abortos forzados y esterilizaciones contra la voluntad de la perso-

² http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/international/newsid_3947000/3947721.stm

na. La prodigiosa modernización de China en los últimos veinte años llama poderosamente la atención del mundo. Pero si dicha innovación se redujera sólo a la economía, a la producción y a los estilos de vida consumista, acabará provocando también preocupación y alarma. ¿No lo está haciendo ya?

Liberar la mente, el nuevo (viejo) eslogan irrealizable en China

Resultan inquietantes las palabras del Premier chino Wen Jiabao en una conferencia de prensa del pasado mes de marzo, en que decía: «*Tenemos que liberar las mentes de todos, particularmente las de los líderes, para que cada uno pueda tener un pensamiento independiente, espíritu crítico y capacidad de innovación. Sólo de esta forma podremos llevar adelante nuestra causa*».

Este modo de hablar es un eco de campañas similares llevadas a cabo por Deng Xiaoping al final de los setenta del pasado siglo, cuando él y su colaborador Hu Yaobang diseñaron un ingenioso golpe contra Hua Guofeng, el sucesor que Mao Zedong se había elegido a dedo, y lanzaron un debate nacional para afirmar que «*la práctica es el único criterio para probar la verdad, donde pedían emancipar la mente*». Aquel debate estaba orientado a echar abajo las posiciones dogmáticas del socialismo de Hua y abrir el camino a las reformas econó-

micas de Deng, cuyos eslóganes se hicieron mundialmente conocidos. Como aquello de que «*no importa que el gato sea blanco o negro, lo importante es que cace ratones*», y también el eslogan de que *enriquecerse es honorable*. Pero en 1992, cuando Deng se dio cuenta de que los conservadores estaban tratando de archivar sus programas de reformas económicas tras la crisis de Tiananmen de 1989, Deng volvió a predicar el mantra de *liberar la mente* y aseguró así los fundamentos del despegue económico del decenio sucesivo.

Esta vez los líderes comunistas renuevan la campaña de la *liberación de la mente* después de haber sido confrontados por los serios retos que estos últimos años les han puesto delante los conservadores, acusando a la liberalización económica promovida por el gobierno de haber incrementado el abismo entre ricos y pobres y de conducir a China a un deterioro medioambiental sin precedentes.

El debate ha continuado en el Decimoséptimo Congreso del Partido Comunista, en el 2007, cuando los líderes alcanzaron un amplio consenso sobre el origen de las actuales quejas sociales: son sólo el resultado de reformas incompletas, y por lo tanto hay que seguir adelante hasta completarlas. Pero el hecho es que el proceso reformista (ya se trate de reformas económicas o políticas) ha sido dilatado y preterido desde que el presidente Hu Jintao y el mismo premier

Wen Jiabao llegaron al poder hace cuatro años.

Sin duda, el proceso reformista en China se encuentra en un punto crítico: para que la economía avance por un camino de desarrollo a la vez rápido y sostenible, y para que China se convierta auténticamente en un estado auténticamente moderno el gobierno debe afrontar la parte más difícil de la reforma: la política, la reestructuración del sistema de gobierno, la reforma de la propiedad inmobiliaria y la ruptura de los monopolios estatales de empresas clave como la industria energética y la banca. Ahora bien, ¿están realmente dispuestos los líderes actuales del PCC a renunciar al monopolio del poder y a los privilegios de su estatus? ¿A pesar de los pomposos reclamos a *liberar la mente*, están ellos dispuestos a asumir los costes de la libertad?

El liderazgo comunista de China parece dar hoy al mundo la imagen contraria (en vísperas además de la celebración de los Juegos Olímpicos que pondrán al País del Centro justo en el centro de la atención mediática mundial) encarcelando a los disidentes políticos o los activistas pacíficos pro-derechos humanos; masacrando a las minorías étnicas que protestan por la dureza de la colonización Han de sus tierras, como en el caso del Tíbet; censurando sistemáticamente la información que reciben los ciudadanos chinos y bloqueando todas las páginas de la Red de Internet que

contengan información política sobre China desde el exterior; y persiguiendo incluso la libertad religiosa que la última Constitución redactada por los comunistas dice proteger.

Comprender el presente desde el pasado

Hay algunos retos que no pueden ser ignorados por más tiempo, ya que según crece el peso de China en la marcha del mundo, mayores se muestran sus problemas. Uno de los mejores sinólogos actuales, Jacques Gernet avisa del peligro que tiene Occidente de confundirse a la hora de interpretar esa modernización: «*Si durante mucho tiempo se ha opuesto una “China moderna” transformada por las influencias de Occidente, a una “China antigua” —extraño resumen de los anteriores milenios—, ha sido en virtud de esta convicción implícita de que no puede haber en el mundo otro modelo de desarrollo que no sea el nuestro, y de que hay un único tipo humano, válido para todos los tiempos y todos los lugares: el hombre occidental contemporáneo*»³.

A menudo los empresarios y ejecutivos de Occidente, cuando se encuentran con la apertura comercial de la China de hoy, suponen que en un futuro no muy lejano el desarrollo económico llevará aparejados también

³ GERNET, JACQUES, *El mundo chino*, Crítica, Barcelona 2005 (edición revisada y actualizada), p. 596.

cambios institucionales y políticos, al estilo de lo que ocurrió por nuestras latitudes con la revolución industrial. Pero les falta quizá un conocimiento menos superficial de la complejidad de la historia de China. Mark Elvin, otro sinólogo cuyos trabajos son indispensables para entender hoy la problemática del medio ambiente en China⁴, desarrolla en su libro *The Pattern of the Chinese Past*⁵ las razones por las que China llegó a ser durante la dinastía Song (siglos X al XII) la nación económicamente más desarrollada del planeta. Concurrió a ello una suma de revoluciones: agraria, comercial, industrial y financiera. Pero aquella prosperidad se estancó en el siglo XIII. Asimismo, Ray Huang, en su libro *Broadening the Horizons of Chinese History*⁶ analiza cómo los siglos siguientes, con la dinastía Ming al poder (XIV-XVII), contemplarían el crecimiento de imperios comerciales

Europeos que mostraban una gran agilidad financiera frente a la fiscalidad de los Ming, un sistema excesivamente compartimentado y sin una agencia central suficientemente operativa, que acabaría por entorpecer de tal forma las transacciones comerciales que su encarecimiento llevaría a empobrecer las arcas del Estado. Este tipo de comparaciones muestran la profunda relación entre la política y el comercio en China, un punto que hoy no estaría de más recordar.

Ray Huang ha comparado la burocracia a una pirámide invertida⁷. Dicho aparato burocrático de arriba abajo no está fundado (como sucede en los estados modernos de Occidente) en los derechos básicos de propiedad de los ciudadanos y, por tanto, mientras reprime el potencial democrático y obstaculiza el desarrollo de instituciones regionales y locales, fuerza hacia abajo también la impracticabilidad técnica del sistema⁸. La ausencia de evolución institucional para proteger los derechos de propiedad ha hecho que hasta muy recientemente China haya sido, en opinión de dicho historiador, «matemáticamente inmanejable»⁹. Una economía de mercado se hace estable si los ciudadanos tienen una razonable certeza de sus derechos de propiedad y confían en el sistema para resolver sus litigios de un modo justo y trans-

⁴ ELVIN, MARK, *The Retreat of the Elephants. An Environmental History of China*, Yale University Press, 2004.

⁵ ELVIN, MARK, *The Pattern of the Chinese Past*, Stanford University Press, Standford 1973.

⁶ HUANG, RAY, «Chinese History and Western Civilization», en *Broadening the Horizons of Chinese History*, Sharpe, New York 1999. El profesor Ray Huang, nativo de China, colaboró en Estados Unidos con Joseph Needham en la monumental obra de Cambridge *Science and Civilization in China*. Se especializó en el análisis comparativo de por qué Occidente superó a China en el siglo XVII en su capacidad institucional de fomentar la ciencia y el comercio.

⁷ HUANG, RAY, *op. cit.*, p. 120.

⁸ *Op. cit.*, p. 123.

⁹ *Op. cit.*, p. 127.

parente. Por eso el reto actual para China, si quiere avanzar por la senda de la economía de mercado, es configurar desde los intereses de los ciudadanos los sistemas reguladores, legales y judiciales que protejan con transparencia esos derechos. Porque la

en China las investigaciones de la riqueza privada siempre terminan en tragedia; la ausencia de certidumbre legal y de protección debida de los derechos de propiedad explican la enorme presión que había para que el Congreso Nacional del Pueblo pasase una ley de protección constitucional de la propiedad privada

gestión de sociedades y el mercado de capitales no pueden funcionar independientemente del ámbito político, social, legal y económico. Debajo de aquella gestión tiene que haber un soporte o infraestructura de derechos.

Esa es, por ejemplo, una diferencia que se observa entre China Continental y Hongkong, pues esta última ciudad posee dicha infraestructura desde su pasado colonial británico. El derecho consuetudinario bajo cuya jurisdicción opera Hongkong lleva apare-

jado un soporte legal de derechos, que se despliega en registros de la propiedad, de almacenaje, contabilidad, leyes comerciales y financieras, juzgados, tribunales especiales, instancias de arbitraje, libertad de información, cambio de divisas y servicios de intermediación comercial. Todas estas instituciones operan juntas integradas en un sistema donde rige la certeza legal, la transparencia, la responsabilidad y unos bajos costes de transacción. Pues bien, algunas de estas instituciones se han establecido también en China Continental, pero no están funcionando tan efectivamente como en Hongkong porque el régimen de Beijing carece de dicha infraestructura de derecho consuetudinario.

Otro ejemplo de los impedimentos que encuentra China para asentar legalmente el sistema de mercado, lo que exigiría reformas políticas de más calado, es la nueva clase de ricos surgida tras veinticinco años de veloz emergencia de empresarios del sector privado. Estos nuevos ricos no pueden explicar su afluencia públicamente, pues siempre se albergarán serias dudas de su procedencia (evasión de impuestos, transacciones no legales, utilización indebida de fondos públicos, etc.). En realidad, no hay ningún mecanismo para legitimar esa riqueza y tampoco sería aceptable políticamente concederles una amnistía, pues desde el punto de vista socialista se vería como una explotación de las masas.

En China, como se ha visto en notorios casos recientes (por ejemplo, el de Liu Zhihua, teniente alcalde de Beijing, encargado de las obras para los Juegos Olímpicos, juzgado por corrupción), las investigaciones de la riqueza privada siempre terminan en tragedia. La ausencia de certidumbre legal y de protección debida de los derechos de propiedad explican la enorme presión que había para que el Congreso Nacional del Pueblo pasase una ley de protección constitucional de la propiedad privada por fin... ¡en 2004!

La memoria de Tiananmen

Mientras en Occidente hay gente que confía en que los graduales cambios económicos y la existencia cada vez mayor de una clase urbana, educada, que quiere estar bien informada y conectada con el resto del mundo (pensemos que miles de profesionales chinos se han educado en universidades extranjeras y en un contexto democrático) y es consciente de sus derechos va a exigir cada vez más participación en la marcha política. Esta postura optimista pronosticaría una pacífica «transición» en China hacia un régimen democrático.

Nos preguntamos si, desde la perspectiva histórica, es probable tal cambio. Durante los siglos XIX y XX, sufrió lacerantes humillaciones por parte de las potencias occidentales y Japón. Y en la era comunista (que he-

redó un país arruinado por la segunda guerra mundial y una cruda guerra civil) intentó desquitarse de su inferioridad y hasta tuvo el sueño de convertirse en la vanguardia de los países pobres en proceso de emancipación.

La utopía maoísta y su célebre Libro Rojo se propuso alcanzar a las naciones desarrolladas sólo mediante el poder del pueblo, de los campesinos y obreros, la supresión de las clases y de la burocracia y la eliminación de la cultura burguesa, creando una nueva sociedad. Esa utopía fue idealizada e interpretada en clave romántica por la izquierda europea del 68, ignorando (consciente o inconscientemente) que el maoísmo causó millones de víctimas y su desastrosa política económica, el Gran Salto Adelante, desembocó en unos fracasos monumentales que retrasaron aún más el desarrollo de China.

Después, con Deng Xiaoping, orillando el dogmatismo marxista, el país emprendería la senda de una modernización que fomentaba el mercado y daba la bienvenida a las técnicas y capitales extranjeros. Pero Deng sería también quien ordenara, en Junio de 1989, la masacre de los estudiantes y ciudadanos pacíficos que en la Plaza de Tiananmen (más de 700 muertos y miles de heridos) se habían ceñido estrictamente, durante muchos días, a un programa de protesta no-violenta para subrayar la dimensión moral de su lucha por la democracia. Deng, que en su juventud había sido

él mismo un estudiante-trabajador revolucionario en Francia, donde otros universitarios chinos despertaron su conciencia social y su determinación de colaborar en la transformación política de China.

Deng tuvo que enfrentarse a algo que ya conocía y que no era nuevo en la escena de la historia china de las revoluciones: la fuerza de los estudiantes e intelectuales. Ellos, tras guardar luto por el defenestrado secretario general del partido Hu Yaobang, estaban reclamando ahora a un PCC corrupto (se pedía en primer término la dimisión del Premier Li Peng) la renuncia a la autocracia y el nepotismo, y una mayor participación en democrática del pueblo en la toma de decisiones. Nunca se había visto una manifestación así en Beijing (un millón de personas dentro y en los alrededores de la plaza), pues las más multitudinarias (como en la Revolución Cultural) habían sido orquestadas por el mismo régimen para ensalzar el liderazgo de Mao sobre sus rivales en el partido. Y, gracias a los medios de comunicación, nunca se había visto tal expectación acerca de China en el resto del mundo.

Los gobiernos extranjeros manifestaron su repulsa, pero fueron lentos en actuar diplomáticamente: llamando a casa a sus connacionales, solicitando la imposición de sanciones económicas o la expulsión de China de algunas asociaciones internacionales. Pero no rompieron relaciones diplomáticas con el régimen de Beijing. Y éste si-

guió afirmando que el crecimiento económico y la transformación tecnológica se realizarían sin necesidad de ningún cambio político, que las ideas democráticas occidentales eran irrelevantes para las necesidades de China.

Jonathan D. Spence, en un voluminoso libro dedicado a la China moderna, tiene un capítulo sobre aquellos acontecimientos, donde expresa una cierta opinión, que muchos —dentro y fuera de aquel país— han visto verificada: «*el partido que se había hecho con el poder cuarenta años antes desafiando todas las normas sociales, políticas y económicas existentes, ahora parecía no tener otro propósito que asegurarse de no ser desafiado*»¹⁰.

El 3 de junio de 1992, en el tercer aniversario de aquella masacre, y desafiando la estricta vigilancia que rige en la famosa plaza desde entonces, un hombre llamado Wang Wanxing desplegó una bandera conmemorativa. Fue detenido en el mismo lugar por la policía, y poco después encerrado en el Hospital Psiquiátrico de Ankang (gestionado por el Ministerio de Seguridad Pública), en un suburbio de Beijing. A su familia, las autoridades sólo les dieron la explicación de que había sido recluso allí para recibir tratamiento por «*anormalidad política*». Su esposa, ella misma miembro del Partido Comunista Chino, llevó el ca-

¹⁰ SPENCE, JONATHAN D., *The Search for Modern China*, Norton & Company, New York-London 1991, p. 747.

so ante el gobierno local, el Consejo de Estado y el Congreso Nacional del Pueblo, pero no recibió respuesta de ninguno. A pesar de que algunas organizaciones pro-derechos humanos, como Amnistía Internacional denunciaron el caso como prisionero de conciencia, y de que la prensa extranjera se hiciera eco de las peticiones para su liberación, Wang estuvo más de diez años preso sin juicio. En un doble sentido: sin proceso judicial ni sentencia ni condena, y considerado «privado de juicio» por las autoridades que le encerraron. China niega que existan en su país prisioneros políticos, pero las organizaciones humanitarias afirman que tienen constancia de más de 1000 casos como el de Wang.

El caso de Hu Jia

A cuatro meses escasos de las Olimpiadas, acontecimiento que, según aseguró el régimen de Beijing cuando aspiraba a albergarlas ayudaría a mejorar la situación de los derechos humanos en China, ese mismo régimen ha confirmado contundentemente lo que es y lo que seguirá siendo después de que acaben los Juegos. Superando el optimismo voluntarista de la Unión Europea y de los Estados Unidos de Norteamérica, la incómoda verdad se enciende y se mueve más rápido que la famosa antorcha que, recorriendo países —y encontrando protestas a su paso, preludia el clima político en que se celebrarán

esos Juegos: el régimen dictatorial chino no va a cambiar ni con un acontecimiento deportivo internacional celebrado en su suelo—. Las nuevas instalaciones olímpicas Pekinesas como el Nido de Golondrina, el Huevo y esas otras enormes creaciones arquitectónicas *ad hoc* que hoy suscitan admiración no han sido pensadas para unir voluntades y pueblos en el noble ejercicio del deporte, sino precisamente para mostrar a esos pueblos extranjeros la voluntad del País

*a Hu Jia se le condena sólo
por haber publicado críticas al
régimen comunista en Internet
y por haber concedido
entrevistas a periodistas
extranjeros acerca de la
situación de los derechos
humanos en China*

del Centro (*Zhonguo*, China) de convertirse en potencia mundial bajo el mandato del Partido Comunista.

Hu Jia, 34 años, ciudadano chino activista de derechos humanos, a quien el Parlamento Europeo nominó en 2007 para el Premio Sajarov de las libertades, y citado por la revista *Time* como una de las cien personalidades más influyentes del planeta, se había convertido últimamente en el disidente chino más famoso. Este activis-

ta había denunciado públicamente, aportando abundante documentación, tres problemas de gran calado social: los acuciantes retos medioambientales de China (y la responsabilidad del gobierno en su agravamiento); el escándalo (encubierto por el Partido Comunista) de los agricultores pobres contagiados de SIDA debido a la venta de sangre; y las continuas violaciones de los derechos humanos en el Tibet perpetradas por el gobierno chino.

Pues bien, el Tribunal que le juzgaba en Beijing le acaba de declarar culpable del crimen de *conspirar para la subversión contra el poder del Estado*, y le ha condenado a tres años y medio de prisión. Las pruebas presentadas en su contra retratan muy bien el Estado (¿de derecho?) que utiliza su poder para castigarle: a Hu Jia se le condena sólo por haber publicado críticas al régimen comunista en Internet y por haber concedido entrevistas a periodistas extranjeros acerca de la situación de los derechos humanos en China. Su abogado sostiene que la sentencia es anticonstitucional, y los representantes diplomáticos de USA y de la UE en Beijing han pedido al gobierno la inmediata puesta en libertad de Hu Jia.

Monopolio del poder y Estado de Derecho

Nos equivocáramos si considerásemos el sistema chino como un estado

moderno con el concepto clásico de la separación de poderes. Los ejecutivos occidentales que vuelan un lunes, enviados por su compañía, a realizar una operación comercial a Shanghai y regresan el viernes a su hogar en Londres o Barcelona, por ejemplo, han visto una ciudad futurista de increíbles rascacielos (pues nada parecido existe aún en Londres o Barcelona), nuevas autopistas, informatización generalizada, potente publicidad, y un bullir alucinante de personas, empresas y negocios, incluso una vibrante vida nocturna. Han tratado con ejecutivos de su rango que visten trajes de marca y hablan inglés más o menos potablemente. Han comprobado que existe un marco legal que garantiza la seguridad de los acuerdos que están realizando. De hecho, los países occidentales llevan años tratando con China de regulaciones comerciales, negociándolos con el gobierno, que se ha ido abriendo a introducir cambios en la legislación. Pero ¿hasta qué punto conocen los ejecutivos occidentales el sistema legal chino?

Los tres poderes de un estado moderno, el legislativo, ejecutivo y judicial, actúan en una economía de mercado como una contrapeso que garantiza su estabilidad. Sin un poder judicial independiente que controle la actuación de la burocracia del ejecutivo que gobierna las masas y recauda impuestos para financiar las actividades del Estado, y en ausencia de un sólido sistema moral asumido cultural-

mente por todos los estratos (como se suponía en los mejores tiempos del sistema imperial con oposiciones para los funcionarios del Estado, basadas en los clásicos confucianos) resulta muy difícil evitar la corrupción y el fraude. Esto constituye un grave lastre, además de una constante pérdida de recursos, para un funcionamiento efectivo de la economía de mercado.

Casos como el de Hu Jia no son una excepción; constituyen la norma. Porque la Justicia en la República Popular China no es un poder del estado, sino un instrumento de poder a manos del estado totalitario, y por eso ella misma está sometida a la voluntad omnímoda de un partido, el PCC (Partido Comunista Chino), que conquistó por la fuerza de las armas el poder en 1949 y no está dispuesto a devolvérselo al pueblo, aunque todas las instituciones oficiales que maneja contengan retóricamente el adjetivo *popular*. Hasta los tribunales se llaman así. La verdad que debe prevalecer es la del Partido y el orden a proteger en la sociedad es el orden que conviene a la permanencia del Partido al frente de esa sociedad.

El sistema legal chino presta mucha atención al *cambio de actitud* del acusado, y el primer cambio que se espera de éste es la confesión del delito. Aunque en el presente sistema (a diferencia de la época imperial) se da la presunción de inocencia y los jueces tienen prohibido descartar de antemano la inocencia del acusado sólo

porque éste haya confesado, sin embargo la mera acusación ya supone que la armonía social ha sido perturbada por un crimen y que el orden tiene que ser reestablecido de alguna manera. Desde la perspectiva del acusado, la confesión señala su capacidad de considerar las cosas desde el punto de vista de la autoridad (el PCC), de estar dispuesto a la autocrítica y de cambiar de actitud para poder encajar en el molde social establecido. Es decir expresa el doblegamiento del individuo a los intereses del Partido (que en el discurso oficial se identifica con el Pueblo).

Además, en gran parte de los casos, una confesión es la mejor manera de obtener una sentencia más leve. Por eso el acusado, independientemente de su culpabilidad, tiene un buen motivo para confesar, pues una profesión de inocencia puede ser tan peligrosa como el mismo crimen, al evidenciar que la persona no está dispuesta a dejarse doblegar. En la China comunista apelar una sentencia a menudo puede significar duplicar la pena¹¹.

Tampoco el papel del abogado defensor está exento de ambigüedad en un sistema judicial donde él es también miembro de la autoridad gubernativa que va a decidir la sentencia. Lo cual no significa que no vaya a de-

¹¹ Cf. BUTTERFIELD, FOX, *China: Alive in the Bitter Sea*, Times Books, New York 1982, p. 363.

fender al acusado con todo su empeño, sino solamente que su lealtad debe manifestarse en primer lugar hacia el orden que el tribunal va a restablecer y al que debe someterse el acusado. Tampoco debe ser pasado por alto el hecho de en China, que quiere ser una potencia mundial, existen cosas tan terriblemente anacrónicas, y sobre todo inmorales, como los *campos de reeducación*, o la política de enviar a los disidentes políticos a ciertos Hospitales Psiquiátricos para su *tratamiento*.

En China uno puede ser encarcelado sólo por bajar de la red artículos críticos con el Partido Comunista. Es el caso de Li Dawei, un ex-oficial de policía de la provincia de Gangsu en el Oeste de China que fue juzgado en 2001 por cargos de subversión y condenado a 11 años de cárcel. ¿Su delito? Haber descargado de Internet a su ordenador algunos artículos de páginas web pro-democracia basadas en el extranjero. De este caso y de otros se ha ocupado, sin éxito, Amnistía Internacional. Unos 30.000 agentes se dedican en la República Popular China solamente a monitorizar la Internet cada día no para evitar delitos de fraude, pederastia o incitación al odio racial o al terrorismo, sino para impedir que la red se convierta en China en el único foro con libertad de expresión. Así se bloquean todas aquellas páginas web oficiales de gobiernos extranjeros,

agencias de noticias internacionales y asociaciones en defensa de los derechos humanos, así como páginas de contenido religioso que el gobierno considera *peligrosas*, como la página oficial del Vaticano, por ejemplo.

Además, las autoridades chinas hacen responsables a los proveedores de Internet de todo lo que se cuelga en los sitios web. A los webmasters se les advierte de que tienen obligación de suprimir cualquier comentario subversivo en las chat-rooms y foros. Incluso las grandes compañías como Yahoo y Google han cedido también a las presiones y, para poder operar en territorio chino, colaboran con esa censura ideológica.

Sin embargo, a pesar del relativo éxito del control gubernamental de Internet, el número creciente de usuarios (China es el segundo país del mundo, sólo después de los Estados Unidos) y el ingente tráfico de información (y de riqueza) de la Red de redes hará sin duda que crezcan también la demanda popular de una mayor protección de las libertades y sobre todo el derecho a acceder libremente a la información. Este constituye hoy otro reto de China. Porque por muchos motivos (no sólo políticos, también comerciales) a los ciudadanos de ese país les interesa saber que se dice de él en el exterior y compararlo con la versión oficial del PPC. ■